

Ciego ya de venganza Mohamed, subió por fin á la Alhambra seguido de un corto número de amigos. Nada pudo detenerle, abrióse paso hasta la Alberca afectando grande interes por hablar con el monarca, aguardó inmóvil bajo los arcos de la galería del norte, y apenas vió á Ismail, se arrojó sobre él como un tigre y le derribó en el suelo á puñaladas. Un wasir que acompañaba al rey pretendió defenderle; pero cayó tambien víctima de los parciales del ofendido.

Huyó Mohamed como perseguido por la sombra de su delito; mas se ignora dónde pudo dirigir sus pasos, dónde pudo ir á devorar sus pesares y sus remordimientos. La historia y la tradicion estan mudas á la vez no solo sobre su destino, sino sobre la suerte que deparó Dios á la cautiva, origen de tantos males; y hasta sobre la que cupo á la misma villa de Martos, de la cual apenas se refieren ya otros sucesos que el de la prision del maestre de Calatrava D. Martin Lopez, tan sentida del entonces rey de Granada, que amenazó á D. Pedro de Castilla con ir sobre Martos y arrancar del alcázar al ilustre cautivo, si no se le devolvía su libertad injustamente arrebatada.

Volvió Martos segun lo mas probable al poder de los cristianos apenas la desocupó el ejército de Ismail; pero abatida, desmantelada y apartada cada dia mas de la frontera, no pudo ejercer ya en la reconquista la influencia que ejerció en mejores dias. Quedó confundida entre las demas villas y ciudades de la comarca; y reducida á la oscuridad y al silencio, no tuvo pronto en su favor mas que los recuerdos de sus antiguas glorias. Hoy no existen ya ni sus mejores monumentos; sus castillos estan arruinados, sus templos descansan sobre frias columnas greco-romanas que sustituyeron á sus esbeltas haces góticas: sus cárceles y sus fuentes no revelan sino el estilo del siglo XVI, mas lleno allí de gravedad que de elegancia. Solo lo tortuoso y rápido de las calles refleja ya en Martos la edad media. Es una villa moderna como casi todas las del reino de Granada, mas moderna aun que la vecina ciudad de Jaen, que aunque ya tambien muy remozada, reúne mucho interes para el literato y el artista.

Capítulo duodécimo.

Jaen, Baeza, Úbeda.

Está sentada Jaen en la falda de un cerro cuya cumbre ocupan las imponentes ruinas de un castillo. Bañanla al oriente las claras aguas del Guadalbullon, y está casi en derredor cercada de huertas y jardines, entre cuyos árboles y flores descuella la oriental palmera. Montes elevados le prestan abrigo y sombra al mediodia; y de ellos como de un fondo dispuesto por el arte se destacan bellamente las torres de sus templos y las agujas de su catedral, suspendida al parecer sobre los techos del contorno.

Sus calles son estrechas y tortuosas, pero producen un efecto agradable en el ánimo del viajero sus blancas paredes, sus hermosos balcones, cubiertos unos de pámpanos y yedra, recamados otros de madreselva, y adornados todos en los ángulos de sus barandillas con jarras de Andújar, cuya agua guardan del polvo paños orlados de encaje, sus frescos y deliciosos patios alfombrados de vistosas plantas y animados por el murmullo de fuentes que brotan de esbeltas copas coronadas de flores. La soledad y el silencio que reinan en algunas calles contribuyen á hacer aun mas dulce la impresion de estas bellezas. Se recuerda involuntariamente la vida toda interior de los musulmanes, y hay momentos en que se llega á creer que está aun habitada la ciudad por Zaides y Zulemas.

No causan una sensacion menos viva sus antiguos muros. Estan ya medio derribados y confundidos entre casas humildes, que se sentaron en lo alto de sus adarves ó pasaron desdeñosamente sobre sus escombros; mas se levantan aun á trechos grandes lienzos ceñidos de torreones, y se fija con placer la vista en esos restos sombríos, adornados ya por los siglos de yerbas parásitas que agita con dulzura el viento. Levántanse todavía entre ellos puertas que vieron pasar á El Ahmar y á S. Fernando; y sobre sus arcos, ya ogivales como los del Portillo del Arroyo de S. Pedro, ya de herradura como los que tuvo

la puerta de Granada y conserva la de Martos misteriosamente ocultos á la espalda de una torre; son tantos los hechos que en un momento puede amontonar la fantasía, que al contemplarlos apenas saben moverse fuera de sus curvas ni la memoria ni los ojos (1).

Desde estas puertas trepan las murallas por lo mas alto del cerro hasta enlazarse con las del castillo, defendido de oriente á mediodia por espantosos precipicios. Está ya hoy esta antigua fortaleza medio destruida, desmoronada su cerca, truncada la cabeza de sus cubos y torreones, sin techo sus cuarteles; mas descuellan sobre estas ruinas torres que parecen desafiar el furor de los siglos y las tempestades, y estas hablan todavía en alta voz de la importancia de la obra y de la grandeza de los héroes que la levantaron y defendieron contra las armas de los árabes. La torre del Homenaje sobre todo es imponente. Levanta sobre las demas su corona de almenas; y enclavada en medio de las mas altas se presenta aun como la reina del alcázar. Encierra en su interior salas tristes y reducidas; pero hasta en ellas revela grandiosidad y fuerza. Son recios sus muros, bajas y robustas sus bóvedas por arista, grueso el pilar central en que descansan sus ogivas; y al visitarlas causa una sensación profunda hasta el silencio que las ocupa, hasta la mística y escasa luz que entra por sus troneiras; al parecer solo para aumentar el efecto de sus claros y sus sombras. Apenas se entra en estas salas es ya difícil detener el vuelo de la imaginación; pero mucho mas, cuando se pone el pié en la plataforma superior de la torre, donde se cree ver enarbolada la bandera de S. Fernando y oir á uno de los héroes de la edad media gritando de pechos sobre la barbacana: alzad el puente, cubrid de lanzas adarves y torreones; nadie abandone el muro sino con la vida. A vuestros piés estan los abismos que han de ser la tumba de vuestros cuerpos

(1) Segun pudimos colegir por los restos que aun existen, desde el castillo bajaba la antigua fortificación por la parte de mediodia hácia la puerta de Granada. Seguía desde esta puerta á la catedral, y dirigiéndose luego por la calle del Portillo y la de los Adarves, iba á unirse con la que es hoy puerta de Barreros, sita junto á un convento de monjas Bernardas. Continuaba probablemente hácia el Campillo de S. Antonio, donde existen todavía dos altos torreones octógonos que creemos del tiempo de S. Fernando; corria por la calle del Arroyo de S. Pedro, y se dirigia desde allí al Campillejo de Cambil, en que se ve el arranque del arco de una puerta antigua y las torres entre las que esta se abria, torres de planta cuadrada con aberturas circulares, que ya negras y desmoronadas revelan mayor antigüedad que las demas y llaman justamente las miradas del viajero. Seguía, por fin, desde el Campillejo, ya por el interior de la ciudad, ya por lo que es hoy campo, á la puerta de Martos, donde torcia hácia el norte y pasaba á unirse; como decimos en el texto, con la del castillo.

antes que el sepulcro de vuestras honras, arrojad en lo profundo á vuestros enemigos.

Comunica el Homenaje por medio de una muralla con otra torre sin antepecho en la plataforma, cuyas salas, cubiertas de bóvedas ogivales y alumbradas por agimeces de doble arco apuntado, no ofrece menos interes que las anteriores al que las recorre conmovido el corazón y escitada la fantasía. Alzase junto á ella una ogiva casi aislada que parece haber sido en otros tiempos puente y á la espalda una capilla llamada Ermita de Sta. Catalina, á la que sirve de asiento un arco elevadísimo, corrido de entrelazos árabes. Reflejan fielmente su época muchos restos del castillo; mas nada hay quizás tan característico como este pequeño templo, donde enlazadas sin violencia las formas árabes y las cristianas, se levanta el arco ultrasemicircular junto á la ogiva, y aparece cortada la bóveda de punto por la cúpula elíptica que tanto distingue aun las fábricas del Kairo. Presenta en su fachada un simple arco de mas del semicírculo encerrado en un recuadro, y en el interior una sola nave separada del presbiterio por un modesto escalon, á lo largo de la cual hay cuatro capillas ogivales ligeramente abiertas en el muro. Tiene por cubierta en el presbiterio y en la nave una bóveda apuntada; pero no en lo que constituye el centro del crucero, donde, algo mas levantada aquella, tomó la forma de una campana poligona y lleva adornados los ángulos de una cinta de leones y castillos que va á perderse en el fondo de una clave. Raro é incoherente parece así en los detalles; pero reúne unidad y belleza en el conjunto. Está ya falto de imágenes y altares y destituido de los recuerdos que durante siglos conservó del santo obispo que cayó prisionero en Arjona y fué á morir mártir en Granada (1); mas tiene

(1) Hubo segun muchos autores en esta capilla del castillo, en lo alto de un arco, una imagen de este santo mártir, que no supimos ver por mas que anduvimos buscándola detenidamente. Jimena dice acerca de ella: «Esta imagen fué á ver y certificar (en cumplimiento de auto proveido por el Eminentísimo Señor Cardenal Obispo de Jaen en aquella ciudad á 5 de octubre de 1645 años á pedimiento del Padre Comendador de la Merced de Jaen y aviendo precedido citacion en forma, que se hizo al Promotor Fiscal del Obispado) Antonio Fernandez de Rivera, presbítero, notario mayor de la Audiencia Episcopal, en compañía de algunos testigos; y como parece de la certificacion que da á 25 del siguiente mes de noviembre, aviendo subido este dia al castillo de Jaen, aviendo entrado en la capilla dél, que está junto al Algibe, certifica, que en ella hay un Altar en el qual hay muchas Imágenes antiguas de bulto, y en el medio en lo alto una de Nuestra Señora con el Niño en brazos, y al pecho un escudo, como los de la Orden de la Merced, y frontero deste Altar está un arco, que es la entrada de la capilla, y en lo alto dél por la parte de la frente que mira al Altar estan de bulto

aun interes por sí, y cautiva las miradas del artista no solo por su hermosura, sino tambien por su sencillez, por lo determinado de su carácter, por esa misma mezcla de formas que en otros monumentos detestamos.

Despues de la capilla llama ya muy poco la atencion lo demas de este antiguo alcázar. Sus pabellones y cuarteles son modernos; sus murallas no consisten sino en vastos lienzos de argamasa cortados á trechos por torres, ya circulares, ya cuadradas; sus algives estan secos; y solo merecen ya ser recorridas sus largas y multiplicadas piezas subterráneas, estrechas, lóbregas, profundas y abiertas algunas á mediodia sobre la vertiente del monte, sobre el fondo de los precipicios. Comunicaban con el exterior del castillo no solo las mas de estas piezas, sino hasta algunas puertas subterráneas de que existen aun vestigios á la parte de occidente, donde se conserva ademas de la puerta el foso y puente levadizo que la defendian.

A pesar de tan grandiosos restos, es ya sin embargo casi imposible apreciar debidamente el conjunto de esta fortaleza, no solo mutilada y destruida por las nuevas necesidades de la guerra, sino modificada y profundamente trastornada por el gusto dominante de todos los siglos y de todos los estilos. De la obra primitiva, de la fábrica del siglo XIII, del alcázar que mandó levantar el rey Fernando el Santo, apenas le fué entregada Jaen por los reyes de Granada, ¿qué existe ya si no son su capilla y torreones que levantan aun al cielo sus sombrías barbacasas?

La misma suerte y aun peor cupo ya á los demas monumentos del mismo rey, ya á todos los que construyeron cuantas naciones y héroes sentaron su planta sobre el suelo de esta ciudad antigua. Jaen

tres figuras, que parecen de yeso, como las demas referidas, y la de enmedio con casulla, y encima della una á modo de muceta, las manos juntas y levantadas á modo de un Sacerdote que comienza la Misa, y en el pecho relevada una targeta que parece la que ordinariamente usan los Religiosos de la Merced, y en el cuello una señal roja, como degolladura, que parece llega de una y otra parte hácia el remate de ambas orejas, la qual figura está en uno como nicho ó tabernáculo. Y las de los que estan á sus lados derecho é izquierdo, parece estan vestidos como de Diácono y Subdiácono, ambos á dos con sus libros abrazados, y estan sobre pedestales; mas á la principal, que es la de enmedio, le falta el pedestal y ay señal de que parece averse caido. Y segun el modo, trage y disposicion de estas Imágenes y las demas de la dicha capilla, todas manifiestan antigüedad y difieren de las destos tiempos.» (De las circunstancias referidas por este D. Antonio Fernandez de Rivera sobre la imagen del medio, infiere Jimena que debió ser aquella la efigie del Obispo Pedro Pascual, degollado por los moros de Granada. Véase á Jimena, pág. 293.)

fué en otro tiempo Auringi; y á la entrada de los Cartagineses sirvió ya de alcázar á Asdrúbal para hacer la guerra á los pueblos del Mediterráneo. Creció rápidamente en riqueza, en poblacion, en fuerza; y no tardó en ser á la vez la salvaguardia de sus opresores y el terror de los Romanos. En sus muros, solo en sus muros pudieron encontrar un escudo contra sus enemigos Magon y los dos Asdrúbales despues de haber sido vencidos en Iiturgis, Bigerra, Munda y en los mismos campos de Jaen: Gneyo Scipion los vió entrar en la ciudad; pero ni la combatió, ni la sitió á pesar de verlos mermados, abatidos y llenos de sangre y de ignominia. No pudieron pensar los Romanos en reducirla á sus armas hasta despues de la conquista de Cartagena, y aun entonces vieron comprometida delante de ella la suerte de sus banderas. Lucio Scipion, hermano de Scipion el africano, arrebatado por el deseo de vencerla al primer ímpetu, sentó cuan cerca pudo sus reales, abrió fosos, levantó dobles trincheras, dividió en tres partes su ejército, ordenó á la primera el asalto, y contempló luego á sus soldados acometiendo con brio las murallas, y trepando por ellas entre millares de dardos y otras armas arrojadas; pero pronto debió reconocer cuánto mas difícil podia serle la conquista de una plaza tan bien sentada como defendida. Vió al enemigo llevando la ventaja, y hubiera tal vez sido vencido á no haberse adelantado con rapidéz á la cabeza de sus legiones y ordenado de nuevo al ataque; hecho el que logró inspirar tanta desconfianza á los sitiados, que, abriendo estos de par en par las puertas, salieron al campo cubiertos con sus escudos y las manos desarmadas, y le pidieron con fervor la alianza, la paz, la vida (1).

Fué luego muy sonada la toma de esta ciudad. Publio Scipion

(1) Tito Livio refiere muy detalladamente esta toma de Jaen: á lo que decimos en el texto añade él este desgraciado accidente: «Itaque patefacta repente porta, frequentes ex oppido sese egerunt, scuta præ se tenentes, ne tela procul conjicerentur, dextras nudas ostentantes ut gladios abjecisse appareret. Id, utrum parum ex intervallo sit conspectum, an dolus aliquis suspectus fuerit, incertum est. Impetus hostilis in transfugas factus; nec secus quam adversa acies cæsi: eademque porta signa infesta urbi illata: et aliis partibus securibus dolabrisque cædebantur et refringebantur portæ; et ut quisque intraverat eques ad forum occupandum (ita enim præceptum erat) citato equo pergebat. Additum erat et triariorum equiti præsidium: legionarii cæteram partem urbis pervadunt direptione et cede obviorum nisi qui armis se tuebantur.» Liv. lib. 28. cap. 5. El temor de que los que salian de la ciudad con las manos desarmadas no les tuviesen preparada alguna asechanza, hizo que los romanos tomaran al fin con gran derramamiento de sangre lo que podian haber conquistado por medio de una capitulacion que debia serles muy favorable.

prodigó por ella muchos elogios á su hermano, y no titubeó en compararla con la de Cartagena, calificando la plaza de opulenta, fuerte y bien situada. Era verdaderamente una ciudad notable Auringi; y lo fué aun mas durante la dominacion de sus nuevos dueños, que la declararon mas adelante municipio y la llamaron Flavia, del nombre de uno de sus emperadores. Mas ¿dónde estan los monumentos que puedan acreditar su pasada grandeza? ¿Qué nos habla en ella de los antiguos pueblos que la dominaron? Solo algunas lápidas, ya medio borradas por los siglos, recuerdan la ciudad romana, y de estas son aun las mas, simples inscripciones sepulcrales. Hubo segun una termas que costó Sempronia Fulvia, segun otra un monumento consagrado á Apolo; mas no se sabe de cierto dónde este ni aquellas estuvieron. ¿Podrá parecer raro, cuando hasta se ignora dónde estuvo situada antiguamente la ciudad? (1)

Domináronla despues los Visogodos, mas tarde los Arabes, y ni

(1) Hemos encontrado aun y leído en Jaen las inscripciones romanas siguientes, á las que principalmente nos referimos en el texto: En el patio de la iglesia de la Magdalena:

1.^a D. M. S.
Q. ANNIUS
FELIX. AURG.
ANNOR. LXXV
PIUS. I. S. H. S. EST.
T. L.

2.^a D. M. S.
M () M () VE
NUSTUS
SEVIR ()
() VXXII.

3.^a APOLLINI.
AUG.
Q. ANNIUS

D. D.

En el exterior de la pared meridional de la iglesia de S. Miguel:

C. SEMPRONIUS (C. F S A. I) SEMPRONIANUS II VIR. BIS.
PONTUFEX PERPET SEMPRONIA FUSCA VIBIA A () IC () IA
FILIA THERMAS AQUA PER (DU) CTA CUM... IVIS () NUAR
TRECENTARUM PECUNIA IMPENSAQUE. SUA O () NI D. D.

(Rota la piedra en que está contenida esta inscripcion, y pésimamente escrita, ó por mejor decir redactada, no es en todas sus partes igualmente inteligible; pero creemos que sin dificultad cabe colegir de ello lo que acerca de unas antiguas termas decimos en el texto.)

huellas quedan tampoco de estas antiguas razas conquistadoras, cuyo imperio solo pueden acreditar ya algunos muros, la puerta de Martos y los escasos restos de la de Granada. Tuviéronla sujeta á sus armas los Arabes por mas de cinco siglos: la dieron wali, y la consideraron como una de las principales ciudades de Andalucía; fundaron en ella mezquitas, levantaron un alcázar y un palacio, y despues de los sangrientos trastornos que agitaron é hicieron pedazos su monarquía, se esforzaron aun mucho mas en engrandecerla, declarándola no ya capital de una provincia, sino de un reino. Le dieron tanta importancia y la fortalecieron de manera, que envidiada por cuantos aspiraban al poder, veíase á cada paso combatida por todo género de facciones, entrando hoy bajo el dominio de los califas, mañana bajo el de un wali rebelde, al otro dia bajo el de hijos ambiciosos que se atrevian á disputar la corona á sus mismos padres, al otro por fin bajo el de un temido africano que, ya levantaba sobre su escudo á un califa, ya le derribaba del trono con el hierro de su lanza. Entre los muchos Musulmanes que se levantaron contra Córdoba en el espacio de cuatro siglos, apenas hubo uno que no llevase sobre ella sus armas. Combatiéronla á su vez los partidarios del terrible Hafsun que parecian retoñar siempre de los mismos campos de batalla, las huestes de Abdalá, que irritado por las victorias de Suar, pasó en persona á conquistar sus muros; las desbandadas tropas de el Somor, que dueño de las Alpujarras, caía como un torrente sobre la llanura y arrollaba las banderas de cadíes y walíes; los escuadrones de Hhayran, que pretendió restablecer en el solio de Córdoba la alcurnia de los Omyades. Invasada la monarquía árabe por la ambicion y las funestas rivalidades de los que debian sostenerla, no dejó aun de figurar Jaen entre las demas ciudades: siguió siendo el objeto de la codicia de unos y otros reyes, y pasando de una en otra mano. Pretendióla el rey de Toledo y se la disputó á punta de espada el de Sevilla, que logró añadirla al fin á su corona. A la tercera entrada de los Almoravides en España, cayó bajo el poder de Baty; fué conquistada luego por los Almohades; sirvió de refugio á Mumenyn el Nasr despues de la batalla de las Navas, y tuvo que entregarse por fin vencida y ensangrentada á El Ahmar, que la tomó por asalto y salió de ella para conquistar el que fué despues reino de Granada.

No eran solo los Arabes los que la codiciaban; ya á mediados del

siglo XII se cree que hicieron grandes esfuerzos para conquistarla las armas de Castilla, que á principios del siglo XIII volvieron á dirigirse contra ella; y durante largos años, ya que no pudieron vencerla, pasaron á talar á menudo sus campiñas causándoles quebrantos que solo podian reparar los reyes granadinos. Despues de las calamidades que la habian afligido, era aun tan fuerte y poderosa Jaen, que se hacia difícil ganarla á fuerza de armas. Son ya sabidos los esfuerzos que hizo S. Fernando para unirla á su reino; por tres veces debió presentarse ante sus muros, y despues de un largo y penoso sitio, no pudo al fin alcanzar su entrega sino por medio de la capitulacion de El Ahmar, á quien vimos ya entrar en la tienda del rey para declararse su vasallo.

La importancia de esta ciudad durante la dominacion de los Arabes era grande, pero lo era mucho mas á su caida. Córdoba, la antigua capital del reino árabe, habia ya sucumbido; Baeza y Úbeda, las dos principales ciudades del Norte de Andalucía, tenian ya enarbolados en las almenas de sus torres los pendones castellanos. Jaen estaba en las fronteras del nuevo reino de Granada, y al paso que era el baluarte de los Arabes, era la única puerta de hierro que cerraba el paso á los victoriosos soldados del Rey Santo. Tenia, segun los mismos Cristianos, mucha poblacion, muchos medios de defensa; era una ciudad á la que no se podia reducir sino como se redujo, á fuerza de hambre. Y no tiene, sin embargo, memorias de esa larga dominacion árabe! ¿Cómo habrán podido desaparecer así hasta los restos de los monumentos que la legaron esos cultos hijos del Profeta? Debieron contribuir en parte á esta destruccion los primeros Cristianos que la sujetaron; contribuiria mas tarde el viciado gusto artistico de nuestros reyes, contribuirían ademas los asaltos é invasiones repentinas que posteriormente la asolaron. Se sabe ya que el mismo rey S. Fernando mandó levantar sobre las ruinas de la mezquita mayor el primer templo cristiano; que un siglo despues D. Juan I cedió el palacio de los reyes moros que poseia á la Orden de Predicadores para que esta construyera sobre él el convento de Sto. Domingo. Con hechos de esta naturaleza, con las guerras que siguieron, con la ignorancia y vandalismo con que se han derribado despues, y hoy mas que nunca, las mas atrevidas producciones del arte, ¿puede parecer extraño que en esta y en otras ciudades no lleguemos á reconocer siquiera el sepul-

cro de los pueblos que en otros tiempos los dominaron y los llenaron de su gloria y sus recuerdos? Suenan aun en nuestros oídos los golpes del pico y del azadón con que acaban de destruir esa bella puerta de Granada, de cuyo arrogante arco ultrasemicircular no queda ya sino el arranque que está cubriendo el musgo.

Reconquistada Jaén, no aumentó menos su prosperidad que bajo la servidumbre de los Arabes. S. Fernando construyó en ella el alcázar, un palacio que un siglo después cedió Pedro el cruel á los claustrales de S. Francisco, una iglesia y un convento para las religiosas de Sta. Clara; y conociendo su mayor importancia, trasladó á su recinto la silla episcopal que él mismo acababa de restaurar en la ciudad de Baeza. Dejola bien defendida y guarnecida; y haciéndola él y sus sucesores centro de operaciones para todas las guerras que intentaron contra los reyes de Granada, la comunicó aun mayor animación y vida de la que en otros tiempos tuvo. Vió desde entonces Jaén pasar junto á sus muros ejércitos crecidos que iban y venían de batallas y asaltos sangrientos; alojó á príncipes y reyes, que impacientes por llevar á cabo la unidad de la monarquía, no podían dejar quieta en el cinto su formidable espada; fué el baluarte de generales esclarecidos que en tiempos aciagos para las armas castellanas pasaron á arrostrar en ella todo el poder de los monarcas granadinos. Así por su posición como por su riqueza, excitaba los celos y la codicia de sus enemigos y vióse en graves peligros; mas apenas debió ya sucumbir, antes pudo rechazar de sí las huestes mas terribles y perseguirlas hasta mas allá de las fronteras. Fué sitiada y combatida por los moros en 1301, y no pudo evitar que estos asolasen sus cercanías en 1319; pero solo en 1368, cuando estaban aliadas las banderas de Pedro el cruel con las del rey de Granada, tuvo que humillar la cabeza ante este príncipe, que la saqueó, cebó en ella su encono y restableció la autoridad de su aliado. En el siglo XV fueron aun mucho mayores los sitios y asaltos que hubo de sufrir de los moros; en 1407 vió contra sí ochenta mil infantes y seis mil caballos; en 1449, cuando desgarraban el interior de Castilla las guerras civiles, tuvo ya al enemigo dentro de los arrabales; mas no solo salió vencedora, sino que, no contenta con haber superado tantos obstáculos, abrió la guerra á Granada bajo las órdenes del desgraciado D. García Manrique, que por seguir alanceando á un escuadrón enemigo,